PQ 6512
.C45 E7
Copy 1

# EL AGENTE DE LOS TEATROS.

## COLECCION

DE

## OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS,

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

### LA ESPERANZA DE DOS MUNDOS.

PUNTOS DE VENTA:

*En Madrid:*

Librería de Cuesta, calle Mayor. Librería de Bailly-Bailiere, calle del Príncipe.

*En Provincias:*

En casa de los comisionados del AGENTE DE LOS TEATROS.

## COMISIONADOS DE LA ADMINISTRACION DE AUTORES DRAMATICOS Y LÍRICOS.

| | |
|---|---|
| *Adra*. . . . . | F. A. Robles. |
| *Albacete*. . . . . | J. S. Perez. |
| *Alcalá*. . . . . | A. Oliver. |
| *Alcoy*. . . . . | F. Cort y Claur. |
| *Algeciras*. . . . . | R. Muro. |
| *Alicante*. . . . . | A. Lloret. |
| *Almagro*. . . . . | A. Vicente Perez. |
| *Almería*. . . . . | L. Iribarne. |
| *Andújar*. . . . . | D. Caracuel. |
| *Antequera*. . . . | J. M. Casaus, |
| *Aranda*. . . . . | M. M. Fontenebro. |
| *Aranjuez*. . . . . | J. M. de Prádo. |
| *Avila*. . . . . | S. Lopez Hernandez. |
| *Avilés*. . . . . | V. Sanchez del Rio. |
| *Badajoz*. . . . . | Viuda de Carrillo. |
| *Baeza*. . . . . | C. Treviño. |
| *Barbastro*. . . . . | G. Corrales. |
| *Barcelona*. . . . . | A. Saavedra. |
| *Béjar*. . . . . | M. Illan. |
| *Berja*. . . . . | L. Iribarne. |
| *Bilbao*. . . . . | F. Fernandez. |
| *Búrgos*. . . . . | T. Arnaiz. |
| *Cabra*. . . . . | J. B. Cabeza. |
| *Cáceres*. . . . . | J. Valiente. |
| *Cádiz*. . . . . | Vda. de Moraleda. |
| *Calatayud*. . . . . | F. Molina. |
| *Carmona*. . . . . | J. M. Moreno. |
| *Castellon*. . . . . | I. Gutierrez. |
| *Cartagena*. . . . | J. Pedreño hers. |
| *Ceuta*. . . . . | J. Molina é Ibañez. |
| *Ciudad-Real*. . . | Vda. de Gallego y sobrinos. |
| *Córdoba*. . . . . | R. Arroyo. |
| *Coruña*. . . . . | J. Lago. |
| *Cuenca*. . . . . | P. Mariana. |
| *Daimiel*. . . . . | R. G. Camarena. |
| *Ecija*. . . . . | J. Giuli. |
| *Ferrol*. . . . . | J. Lago. |
| *Figueras*. . . . . | J. Conte Lacoste. |
| *Gerona*. . . . . | F. Dorca. |
| *Gijon*. . . . . | Crespo y Cruz. |
| *Granada*. . . . . | J. M. Fuensalida. |
| *Guadalajara*. . . | F. Sanchez. |
| *Habana*. . . . . | Charlain y Fernandez. |
| *Huelva*. . . . . | J. de Osorno é hij. |
| *Huesca*. . . . . | M. Guillen. |
| *Játiva*. . . . . | J. Perez. |
| *Jaen*. . . . . | F. Lopez. |
| *Jerez*. . . . . | F. Alvarez y Aranda. |
| *Leon*. . . . . | M. Gonzalez Red. |
| *Lérida*. . . . . | E. Blasco. |
| *Linares*. . . . . | C. Treviño. |
| *Logroño*. . . . . | C. Verdejo. |
| *Lorca*. . . . . | A. Gomez. |
| *Lucena*. . . . . | J. B. Cabeza. |
| *Lugo*. . . . . | M. Pujol y Macia. |
| *Mahon*. . . . . | P. Vinent. |
| *Málaga*. . . . . | E. Cañavate. |
| *Manzanares*. . . . | R. Peñuelas. |
| *Mataró*. . . . . | J. Abadal. |
| *Med.ª del Campo*. | C. Cruz. |
| *Medina Sidonia*. | J. Ruiz Benitez. |
| *Murcia*. . . . . | T. Guerra. |
| *Ocaña*. . . . . | V. Calvillo. |
| *Orense*. . . . . | J. Ramon Perez. |
| *Orihuela*. . . . . | J. Bonet. |
| *Oviedo*. . . . . | B. Longoria. |
| *Palencia*. . . . . | G. Camazon. |
| *Palma*. . . . . | E. Pascual. |
| *Pamplona*. . . . . | J. Rios y Barrena. |
| *Pontevedra*. . . . | M. Verea y Vila. |
| *Puerto de Sta. M.ª* | J. Valderrama. |
| *Requena*. . . . . | R. Ripollés. |
| *Reus*. . . . . | J. B. Vidal. |
| *Rivadeo*. . . . . | F. Fernandez de Torres. |
| *Ronda*. . . . . | R. Gutierrez. |
| *Salamanca*. . . . | T. Oliva. |
| *San Lorenzo*. . . | P. Catalina de Velasco. |
| *Sanlúcar*. . . . . | J. M. Villar. |
| *Santa Cruz de Tenerife*. . . . . | P. M. Ramirez. |
| *Santander*. . . . | P. Basañez. |
| *San Sebastian*. . | I. R. Baroja. |
| *Santiago*. . . . . | B. Escribano. |
| *San Fernando*. . | J. Tellez de Meneses. |
| *Segovia*. . . . . | J. Sancho Pulido. |
| *Sevilla*. . . . . | F. Alvarez y com.ª |
| *Soria*. . . . . | F. Perez Rioja. |
| *Talavera*. . . . . | A. Sanchez de Castro. |

# LA ESPERANZA DE DOS MUNDOS.

## LOA EN DOS CUADROS,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE DE CISNEROS.

Estrenada en el Teatro del Circo, en la funcion régia con que el Excelentísimo Ayuntamiento constitucional de Madrid celebra el nacimiento del

SERMO. SR. D. ALFONSO DE BORBON, PRINCIPE DE ASTURIAS.

MADRID.
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1858.

PQ6512
.C45E7

| PERSONAS. | ACTORES. |
|---|---|
| MATILDE. . . . . | Doña Teodora Lamadrid. |
| CAMILA . . . . . | Doña Mercedes Buzon. |
| DON ALFONSO. . . . . | Don Joaquin Arjona. |
| DON EMILIO . . . , . . . | Don Julian Romea. |
| DON FELIPE . . . . . | Don Victorino Tamayo. |
| FERNANDEZ . . . . . | Don Mariano Fernandez. |

Acompañamiento.

La escena es en Chamberí.

CENSURA DE TEATROS.

No hallo reparo alguno en que se represente esta loa, en la cual no se hallan incluidas las poesías, que deben leerse segun la acotacion del cuadro segundo. Madrid 5 de enero de 1858.—El censor de teatros.—*Antonio Ferrer del Rio.*

Nota. Las poesías fueron aprobadas posteriormente.

Esta obra es propiedad de su autor. Nadie, sin su permiso podrá representarla ni reimprimirla.

En las Provincias, los teatros que tengan pocos recursos escénicos, podrán suprimir la representacion del cuadro segundo.

199181
1913

LC Control Number
tmp96 031376

Ecw 15 may 41

# ACTO ÚNICO.

## CUADRO PRIMERO.

Sala: puerta en el fondo, y otras dos á cada lado. La primera de la derecha del actor corresponde á un balcon. Entre las dos de la izquierda habrá un trofeo militar, y entre las de la derecha una mesita con tapete: sillas repartidas por la estancia.

## ESCENA PRIMERA.

FERNANDEZ, *asomándose al balcon.—Luego* CAMILA.—*El teatro estará á media luz. Suena á lo lejos un tambor.*

FERN. Nada veo, pero el ruido vá en direccion de la puerta de Bilbao. Sin duda la compañía de granaderos, que llegó esta mañana á Chamberí, regresa á su cuartel. ¡Y me dijo el sargento Briones que pernoctaban en este puesto! Vamos, habrán recibido contraórden... ¡Ay, qué cefirillo tan ingrato penetra por este balcon! Cerremos. (*Lo hace.*)

CAMILA. (*Entrando por la primera puerta de la izquierda con un quinqué encendido, que coloca sobre la mesita de la derecha.*) Alabado sea Dios.

FERN. Buenas noches, prenda.

CAMILA. ¿Estabas tomando el fresco?

FERN. A pesar mio: el ruido de un tambor escitó mi curiosidad, y abrí...

CAMILA. ¡Ya! los granaderos, que vuelven á Madrid... Corre la noticia de que esta misma noche se verificará el fausto suceso...

FERN. ¿De veras?

CAMILA. Y la tropa vá á celebrarlo en su cuartel. Pero dime: ¿tú veias desde ese balcon?...

FERN. Yo miraba, pero no veia. ¿Ni cómo habia de ver, faltándome la luz de esos ojillos?

CAMILA. ¿Volvemos al capítulo de los requiebros, señor Fernandez? Eso ya pasó, y lo que ahora conviene...

FERN. Lo sé, Camila; lo sé perfectamente. Lo que ahora nos conviene es apresurar el momento de nuestro suspirado enlace. Tú no ignoras que en esto, como en todo, quiero contar con el beneplácito de mi amo, Pues bien, esta tarde le he hablado del asunto.

CAMILA. Y qué te ha dicho?

FERN. Al pronto no me dijo nada; me cojió una oreja, y empezó á tirar!...

CAMILA. Ay, pobre Fernandez!

FERN. No te aflijas: es buena señal que don Emilio me tire de las orejas. ¡Ocasiones ha habido en que me he ganado cinco duros de un tiron!

CAMILA. Prosigue.

FERN. Despues me dijo, mirándome de hito en hito: «Pedro, el dia que yo me case con la señorita Matilde, tú te casarás con su doncella.»

CAMILA. Ay, qué bueno!... Pero escucha: tu amo no se ha declarado todavia á mi señorita.

FERN. Pero se aman locamente los dos! Yo creo que don Emilio no quiere comprometerse hasta saber si le aceptan por yerno y cuñado el padre y el hermano de la señorita Matilde.

CAMILA. ¿Pues no le han de aceptar, siendo tan guapo y tan completo? Y luego que el brigadier se despepita por ver á su hija contenta y feliz: mi señorito don Felipe y tu don Emilio son uña y carne; y en cuanto á la señorita Matilde, no

hay que decir sino que pasa los dias y las noches dando suspiros!

FERN. ¿Y no has visto el esmero que ha puesto en asistir á mi amo desde que entró herido en esta casa?

CAMILA. Por cierto que no me has contado cómo recibió esa herida, ni quién le...

FERN. Es un secreto que no puedo revelarte. Algun dia lo sabrás todo.

CAMILA. Cuento con tu promesa. Pues señor, esto marcha: ¡qué alegre voy á estar el dia que se case mi señorita!

FERN. ¡Ya lo creo, picarona!

CAMILA. No sea usted vanidoso, señor Fernandez. ¿Piensa usted que me faltarian buenos partidos, si usted no me diese su mano?

FERN. No, hija mia; ya sé que tú eres una doncella principal!...

CAMILA. Aqui donde usted me vé, soy sobrina de un alguacil de Getafe, tengo quince duros ahorrados y me llamo Camila.

FERN. Tampoco soy yo un marido de pacotilla, toda vez que no pertenezco al vulgo de los criados. Sirviendo á mi señor, que vive engolfado en la política, y que me distingue hasta el punto de ponerse á hablar consigo mismo cuando me tiene delante, he aprendido á pronunciar algunas de esas frases, que hoy dan tanta importancia. Ya sé decir *la cosa pública* y tambien *cuestiones palpitantes*, así como *¡lo que viene detrás!*.. Con esto, y con un poco de *la espada de Damocles* y *el nudo gordiano*, muy torcidas han de venir las cosas, para que yo no me calce un destinillo de seis mil reales.

CAMILA. ¡Qué gusto! ¡Viviremos como unos patriarcas!

FERN. ¡Y tomaremos criados! *(Se dan las manos y empiezan á saltar de alegría.)* ¡Y fundaremos un mayorazgo!

CAMILA. }
FERN. } ¡Viva! ¡viva!

## ESCENA II.

*Dichos.—Por la puerta segunda de la derecha entran* Don Emilio.—Matilde.—Don Felipe.—*El primero con la frente vendada, pálido, y apoyándose en los brazos de las dos personas que le acompañan.*

Fern. } *Separándose el uno del otro, y tomando acti-*
Camila. } *tudes respetuosas.)* (¡Los amos!)

Matild. ¿Qué es esto? ¿Os habeis vuelto locos?

Emilio. ¿Que haces aquí, perillan?

Fern. Le diré á usted... Yo vine... y me dijo esta... ¡Hola, señor Fernandez!...

Camila. Y él me contestó... ¡Hola, señora Camila!...

Matild. Basta: anda á hacer labor. (*Vase Camila por la puerta primera de la izquierda.)*

Emilio. Vé tú á la estafeta, y pregunta si ha traido el correo interior alguna carta para mí.

Fern. Está bien, señor.

Felipe. Mira de paso si hay alguna con el sobre á mi nombre.

Fern. Asi lo haré. (*Vase por la puerta del fondo.*)

## ESCENA III.

Matilde.—Don Emilio.—Don Felipe.

Felipe. ¡ Pobres muchachos !... Hay que disculparlos, porque...

Emilio. Sí, porque se profesan amor. ¡No se respira otra cosa en este recinto! (*Matilde baja los ojos.)*

Felipe. ¿Cómo te sientes, Emilio? ¿Qué tal te ha sentado el paseo por las habitaciones?

Emilio. ¡A las mil maravillas! ¡Tengo la cabeza tan despejada!... ¡Ea, no se cansen ustedes!... (*Vá á retirar los brazos, y Matilde le sujeta el que ella sostiene.*)

Matild. ¡No, no! ¡Apóyese usted!... Todavía está usted débil.

Emilio. (*Mirándola con espresion de gratitud.)* ¡Oh, esta Matilde!

FELIPE. Sentémonos un rato.

EMILIO. Iba á proponérselo á ustedes.

MATILD. Y yo tambien, porque tenemos que conversar. (*Toman los tres asiento en las sillas, que acerca don Felipe.*)

EMILIO. Sepamos qué tiene que decirnos mi bondadosa enfermera.

MATILD. Hace un mes, caballero, que llegó usted por primera vez á esta casa, privado de conocimiento, con una herida en la frente y con el rostro empapado en sangre.

FELIPE. ¡Ah!...

MATILD. Mi hermano Felipe y ese criado, que le traian á usted en un carruage, le subieron en brazos á estas habitaciones; mi padre y yo, pasada la sorpresa del primer momento, no vimos mas que un hombre que padecia, y, sin preguntar palabra, acudimos á socorrerle, restañando su herida.

EMILIO. ¿Olvidaré yo jamás lo que debo á ese venerable anciano y al ángel que vino á calmar mi delirio?

MATILD. No merecemos tan pomposas alabanzas. Mi padre no ha hecho mas que cumplir un deber de humanidad, y yo he prestado á usted un servicio interesado.

EMILIO. ¿Interesado?

MATILD. Hasta el punto de solicitar ahora mismo la paga.

EMILIO. ¡Oh, pues me declaro en quiebra! No podria yo pagar á usted, aunque tuviera mil vidas!...

MATILD. ¡No pido tanto! Unicamente exijo, en remuneracion de mi asistencia, que se me diga la ocasion de esa herida...

FELIPE. ¿Para qué quieres saber?...

MATILD. Pues, á lo menos, se me ha de decir el nombre del agresor.

EMILIO. ¡Oh, eso nunca!

FELIPE. ¡Jamás, hermana mia!

MATILD. (*Levantándose picada.*) Bien está, señores.

EMILIO. (*Tomándole una mano y obligándola á sentarse.*) ¡Deténgase usted, Matilde! ¿Qué interés le ha movido?...

MATILD. ¡Oh, uno muy grande! Yo no sé si podré espli-

carlo... Ello es que al principio me inspiraba usted compasion... Luego... su amable trato... me ha inclinado á profesarle... algun afecto. ¡Porque esto es natural! ¿No es cierto, hermano mio? Digo, ¡me parece que el trato!... Pues bien, así como he ido estimándole á usted, he comenzado á cobrar mala voluntad al hombre que atentó contra su vida.

EMILIO. ¡Matilde!

MATILD. Yo le perdono, como cristiana; pero necesito saber su nombre, para huir de él... Sin conocerle me horroriza, y quiero asegurarme de que su mano no tocará jamás á la mia!

FELIPE. ¡Calla, por Dios!

EMILIO. Matilde, acaba usted de cerrar con un doble sello mis lábios.

FELIPE. ¡Pero ha abierto los mios! ¡Yo no quiero deber á un secreto y á una mentira el cariño de mi hermana!

EMILIO. ¡Qué vas á decir!...

FELIPE. ¡Sí, Matilde: ese hombre, cuya mano rechazas, soy yo!

MATILD. ¡Tú!... ¿Tú derramaste la sangre de tu amigo?

EMILIO. ¡No lo era entonces!... ¡Me hirió en un duelo!... ¡Yo pude herirle á mi vez!... Por Dios, déjeme usted que yo esplique...

MATILD. ¡Sí, sí!... ¡Hable usted, Emilio, y sáqueme de mi asombro!

EMILIO. El suceso no tiene nada de estraordinario: Felipe y yo somos publicistas y adversarios políticos; él escribe en un periódico, de los que tienen por divisa el adelanto; y yo en otro, de los que defienden las ideas llamadas de órden. Mi diario publicó un artículo, en el cual se atacaba la integridad de uno de los prohombres del bando contrario; y el periódico de Felipe nos contestó haciendo igual imputacion á uno de nuestros corifeos. La polémica fué agriándose poco á poco, hasta convertirse en personal de redaccion á redaccion: el desenlace tenia que ser un duelo. Entraron en cántaro los nombres de los redactores de ambos periódicos, Felipe y yo fuimos señalados por la suerte, y á espaldas

de un cementerio, resolvimos la cuestion á sablazos. El tuvo la desgracia de herirme, y, viendo que me desangraba por momentos, me condujo apresuradamente á Chamberí, á la casa de su padre, en donde me han curado la herida de la cabeza, abriéndome otra mas profunda en el corazon!... ¡No sé lo que me digo!... Perdonen ustedes... En resúmen: Felipe y yo hemos olvidado nuestro desafío, y somos ya dos amigos del alma! (*Se dan las manos.*)

MATILD. ¡Yo tambien procuraré olvidarlo! ¡Ah, casi estoy arrepentida de mi curiosidad! Bien hace mi padre en tenerme apartada del mundo... ¿Es posible que allá abajo los hombres honrados viertan su sangre por otros de dudosa probidad, y que los desafíos se combinen por medio de una lotería?

FELIPE. ¡Tristes deberes de los hombres de partido!... No pensemos ahora en eso.

## ESCENA IV.

*Dichos.*—FERNANDEZ, *por la puerta del fondo.*

FERN. Señor, habia dos cartas.

EMILIO. Dámelas acá.

FERN. Una es para el señor don Felipe, y otra para usted. (*Las distribuye. Don Felipe rasga el sobre de la suya.*)

MATILD. (*A don Emilio.*) Vea usted la suya. (*Se levanta.*) Tengo que hacer un encargo á Fernandez. (*Habla con este en voz baja. Don Felipe y don Emilio leen para sí, manifestando sorpresa y disgusto.*)

FERN. Está bien, señorita: lo haré todo al pié de la letra. (*Saluda y vase por la puerta segunda de la derecha.*)

FELIPE. (*Ap. á don Emilio.*) Tengo que hablarte á solas.

EMILIO. (*Ap. á don Felipe.*) Y yo á tí.

FELIPE. Matilde, creo que papá está en en el jardin acabando de disponer lo necesario para la fiesta,

que de un momento á otro se ha de celebrar en casa. Mira si puedes convencerle de que el frio y la humedad le perjudican mucho.

MATILD. Sí, sí: subirá conmigo. (*Vase por la puerta del fondo.*)

## ESCENA V.

DON EMILIO.—DON FELIPE.

FELIPE. Emilio, viste mi alegría, cuando me confiaste el secreto de tu amor; sabes que te ofrecí disponer el ánimo de mi padre en favor de tu proyectado enlace con mi hermana. No dudarás pues de mi lealtad, ni de mi afecto. Pero ¡ay, amigo mio! Nosotros en la soledad de estos campos hemos forjado planes, que no podemos ni debemos realizar en el mundo. Nuestra respectiva situacion, las exigencias sociales y hasta nuestro pundonor se oponen á ello. Sabes que ayer pasé el dia en Madrid: estuve en una reunion, donde se hablaba, sin designar personas, de la alianza, por medio de un matrimonio, de dos familias de distinto color político. «Eso es una compañia de seguros,» decia un chusco. «Para obtener y conservar destinos,» añadió un chismoso. Siguieron hablando irónicamente de la boda, y yo me retiré pensativo y confuso. Ahora acabo de recibir esta carta de uno de mis correligionarios, en la que me dice que empieza á circular la voz de que te casas con mi hermana, y me ruega que le autorice para desmentir noticia tan absurda, inventada por mis enemigos con el fin de rebajar, á los ojos de mi partido, mi buena fé política. Amigo mio, te hago juez de esta causa: si tú quieres, se realizará la boda; muchas semejantes se verifican; pero tú verás si la imitacion de esos ejemplos es compatible con nuestro puritanismo y nuestra delicadeza.

EMILIO. Toma y lee, Felipe: esa es mi respuesta. (*Le dá la carta que recibió en la escena anterior.*) La

firma es del director de mi periódico, y me dice sobre poco mas ó menos lo mismo que te escribe tu correligionario. (*Pausa.*) ¡Acepto el sacrificio: Dios me dará fuerzas para consumarlo!

FELIPE. ¡Emilio!

EMILIO. Ni una palabra mas, amigo mio. Somos esclavos del espíritu de partido, y no debemos murmurar siquiera, cuando nos hiere con su látigo nuestro señor. Saldré al punto de tu casa, porque ahora me envenena la atmósfera que antes me daba vida!

FELIPE. No nos dejes, Emilio, hasta que recobres la salud....

EMILIO. (*Arrancándose la venda de la frente.*) ¡Ya estoy bueno!

FELIPE. (*Con estremecimiento.*) ¡Oh! ¿qué haces? ¡La herida no está bien cerrada!...

EMILIO. (*Sonriendo amargamente.*) Tranquilízate: no es esta la que me ha de dar muerte.

FELIPE. ¡Calla, por Dios!

EMILIO. Busca á tu buen padre... Díle que quiero despedirme de él... Inventa cualquier pretexto para motivar mi precipitada marcha... (*Le estrecha ambas manos.*) ¡Adios!

FELIPE. Creo que ya habrá subido á sus habitaciones: voy á avisarle. (*Se dirige á la izquierda.*) (¡Pobre Emilio!... ¡Infeliz hermana mia!) (*Váse por la puerta segunda de la izquierda.*)

## ESCENA VI.

DON EMILIO.—*Luego* FERNANDEZ.—*El primero queda algunos instantes inmóvil y pensativo: despues se dirige resueltamente á la puerta segunda de la derecha y llama.*

EMILIO. ¡Fernandez! (*Vuelve al proscenio.*)

FERN. (*Saliendo por la puerta indicada.*) Señor...

EMILIO. Haz la maleta.

FERN. ¿Nos vamos?

EMILIO. Dentro de media hora.

FERN. ¿Volveremos?

EMILIO. ¡Nunca!

FERN. Pero señor, ¿qué ha ocurrido?

EMILIO. ¡Ah, buen Fernandez, no hay dicha para tu pobre amo!

FERN. ¿Pues qué, la señorita Matilde?...

EMILIO. ¡Tengo que renunciar á su amor! Las afecciones políticas de esta familia son una barrera...

FERN. ¡Entiendo!

EMILIO. El qué dirán...

FERN. ¡Basta!

EMILIO. Salgamos de esta casa. (*Se dirige á la derecha.*) ¡Y pierdo á Matilde!... (*Váse por la puerta segunda de la derecha.*)

FERN. (*Con sentimentalismo cómico.*) ¡Y pierdo á Camila!

## ESCENA VII.

FERNANDEZ.—CAMILA, *por la puerta primera de la izquierda.*

CAMILA. ¿Qué estás diciendo?

FERN. Lo que oyes.

CAMILA. ¿Con que el señor Fernandez retira su palabra?

FERN. ¡No es culpa mia, sino de las estrellas!

CAMILA. ¡Y yo tan tonta que le he escrito pidiéndole su bendicion!...

FERN. ¿A quién?

CAMILA. A mi tio, el alguacil de Getafe.

FERN. ¡No te pese, Camila, que siempre aprovecha la bendicion de un alguacil! (*Mueve la mano derecha de una manera particular.*)

CAMILA. ¡Fiese usted en los hombres!...

FERN. ¿Te parece que yo te dejo por mi voluntad?

CAMILA. ¿Pues quién estorba nuestro casamiento!

FERN. Lo estorban... ¡ tus opiniones políticas!

CAMILA. ¿Mis opiniones polí... qué!

FERN. Dirá el mundo, si nos casamos, que queremos monopolizar el poder.

CAMILA. Esplíquese usted mejor, porque voy creyendo que esas no son mas que escusas para dejarme plantada.

FERN. Dime: ¿tú no piensas en todo como piensan tus amos?

CAMILA. ¡Ya se vè! ¡Como que estoy á su lado desde chiquita!

FERN. Pues lo mismo digo de mi señor, el cual piensa de distinta manera que tus amos, y por consiguiente yo veo las cosas al revés que tú; ó, lo que es lo mismo, tú y yo nos queremos mucho, pero no nos podemos ver ni pintados!

CAMILA. Algo voy entendiendo...

FERN. ¡Ah, qué idea me ocurre! Todo puede arreglarse, Camila.

CAMILA. ¿Sí?

FERN. Hay un medio: pásate á mi partido, sepárate de tus hombres.

CAMILA. ¿De qué hombres?

FERN. Comienza por modificar tus ideas respecto á elecciones.

CAMILA. ¿Las molifican mis amos?

FERN. No...

CAMILA. ¡Pues tampoco yo las molifico!

FERN. Qué lástima que una muchacha tan bonita y tan hacendosa no acepte una ley electoral mas restrictiva!

CAMILA. ¿Conque no hay avenencia?

FERN. ¡Imposible!.. Adios, Camila.

CAMILA. Adios, Pedro Fernandez. (*Vase Camila por la puerta primera de la izquierda y Fernandez se dirige al fondo.*)

## ESCENA VIII.

*Dicho.*—DON ALFONSO, *apoyado en el brazo de* MATILDE. *Entran por la puerta del fondo.*

ALFONSO. ¿Adónde vas, buena pieza?

FERN. ¡Qué sé yo, mi brigadier!

ALFONSO. Es decir que estás desocupado. Pues mira, yo te voy á dar que hacer. Sube al terrado y dirige tu vista hácia Madrid. Asi que veas en la última cornisa del Real Palacio una luz, baja á decirme si es blanca ó roja.

FERN. ¡Pero, señor, me voy á helar en el terrado!

ALFONSO. ¡Vaya un hombre! Dí á Juan que te dé mi ca-

pote, el que yo llevaba la noche que pasé el puente de Luchana.

FERN. ¡No dejará de abrigarme el tal capote!.. Estará hecho una criba á balazos!

ALFONS. No tiene mas que once.

FERN. ¡Friolera!

ALFONS. Y para que te abrigues luego el estómago, te daré media onza.

FERN. ¡Voy corriendo! (*Vase por la puerta del fondo.*)

## ESCENA IX.

DON ALFONSO.—MATILDE.—DON FELIPE, *por la puerta segunda de la izquierda.*

FELIPE. ¡Ah, está usted aquí! Buenas noches.

ALFONS. Muy buenas, hijo.

FELIPE. Creí hallarle á usted en sus habitaciones...

ALFONS. Y yo pensé que estarías en las de tu amigo.

MATILD. ¿Por qué le has dejado solo?

FELIPE. (*Turbado.*) Porque... ha recibido Emilio una carta de... ¡Aquí viene!

## ESCENA X.

*Dichos.*—DON EMILIO, *en trage de calle, por la puerta segunda de la derecha.*

EMILIO. Señores...

ALFONS. ¿Qué es eso? ¿Vá usted á salir?

MATILD. ¡Qué locura!... No lo consentiremos.

EMILIO. Perdonen ustedes... Un negocio importante me obliga...

ALFONS. ¿Y adonde vá usted?

EMILIO. A Madrid.

ALFONS. ¿A estas horas?

MATILD. ¡Cuando acaba de entrar en la convalecencia!...

ALFONS. ¡Bah, deje usted los negocios para mañana! ¿Seria usted capaz de separarse de nosotros, precisamente cuando solo aguardamos una señal para dar principio á la fiesta, cuya celebracion deseaba usted tanto?

EMILIO. Señor don Alfonso, no puedo detenerme ni un instante.

ALFONS. ¡Ah!... Si es cosa resuelta...

MATILD. (*Haciendo por dominar su emocion.*) ¿Y cuándo... tendremos la satisfaccion... de volverle á ver?

EMILIO. Eso lo determinará usted misma, cuando Felipe la entere del contenido de una carta que acabo de recibir. Por ahora lo que puedo decir á ustedes, es que vuelvo á desempeñar mi profesion, la cual nos deja muy poco tiempo libre. ¡No me faltará sin embargo el necesario para recordar siempre que debo á ustedes la vida!

ALFONS. (¿Qué ha pasado aquí?)

EMILIO. Señor don Alfonso... (*Dá á este la mano.*) Señorita.. (*Matilde vacila y cae desvanecida en los brazos de don Alfonso y don Felipe.*)

ALFONS. ¡Hija!

EMILIO. ¡Matilde!

ALFONS. (*Dejando á Matilde en brazos de don Felipe, y llevándose á don Emilio hácia la derecha del proscenio.*) ¡Una palabra, caballero! ¿Qué misterio hay aquí?

EMILIO. ¡Por piedad, no me lo pregunte usted!

ALFONS. ¡Lo exijo!

EMILIO. Hay que yo amo á Matilde, y que...

ALFONS. Basta. (*Vuelve á donde está su hija.*) ¿Cómo te sientes?

MATILD. (*Procurando sonreirse.*) ¡Esto no ha sido nada!...

FELIPE. (*Pasa á donde está don Emilio.*) ¡Adios, amigo mio!

EMILIO. ¡Adios! (*Se abrazan.*)

ALFONS. (*A Matilde.*) Tú amas á Emilio.

MATILD. ¡Señor!...

ALFONS. ¡La verdad, hija mia! Soy yo quien te interroga. ¿Tú le amas?

MATILD. (*En voz baja y con mucha pasion.*) ¡Con toda mi alma!

ALFONS. (*Alto.*) ¡Gracias á Dios! (*Don Felipe y don Emilio se acercan á don Alfonso.*)

EMILIO. ¿Eh?

FELIPE. ¿Qué dice usted?

ALFONS. ¡Es cosa muy singular que dos amantes publi-

quen su secreto por los ojos, y no se atrevan á despegar los lábios! Afortunadamente habeis sido francos conmigo, y voy á evitaros los tormentos de una declaracion. *(Coge las manos de Matilde y don Emilio y las une.)*

EMILIO. *(Retirando su mano.)* ¡Señor!

FELIPE. *(Apoderándose de la de Matilde.)* ¡Padre!

ALFONS. ¿Qué haceis?

FELIPE. ¡Este enlace es imposible!

MATILD. ¡Qué oigo!

ALFONS. ¿Por qué es imposible?

FELIPE. Porque... nuestro distinto color...

ALFONS. ¿Alguno de vosotros es negro?

FELIPE. No me ha entendido usted. Quiero decir... que no somos correligionarios.

ALFONS. ¿Por ventura don Emilio es musulman?

FELIPE. ¡Tampoco es eso!

ALFONS. Te he comprendido desde el principio, aunque haya procurado disimularlo. Te refieres al catecismo político de cada uno de vosotros.

FELIPE. Cabalmente.

ALFONS. ¿Y qué? ¿ha llegado á tal estremo el esclusivismo de vuestras pandillas, que no hay medio de realizar un enlace entre personas de opuestos partidos?

EMILIO. No, señor: al contrario. Todos los dias se verifican esos enlaces.

FELIPE. Y si usted lo desea, puede llevar este á cabo. ¡Lo que usted no podrá nunca es acallar la murmuracion de las gentes!

ALFONS. Entiendo: temeis que os miren con desconfianza esos hombres, de quien sois miserable instrumento.

EMILIO. ¡Señor brigadier!

ALFONS. ¡Señor don Emilio, yo digo siempre la verdad, pese á quien pese! ¿No es cierto que sacrificais el amor, la amistad y todos los generosos sentimientos de la juventud á la estúpida vanidad de aparecer en el mundo como hombre de partido?

EMILIO. ¡Harto me pesa, señor don Alfonso; y si yo pudiera conciliar todos mis deberes!...

FELIPE. ¡Ah! si hubiese algun medio!...

ALFONS. Sí; vosotros quisiérais poder servir á dos seño-

res; y eso, que es siempre muy difícil; es imposible cuando los dos señores son el espíritu de partido y la voz de la conciencia! ¡No, no! ¡Seguid vuestro camino! ¡Complaceos en dividir y aniquilar las fuerzas de la pátria que os dió vida para que vosotros desgarráseis sus entrañas! Cerrad los oidos á sus clamores; y cuando ese inocente niño, símbolo de concordia y esperanza de dos mundos; cuando ese Príncipe, que nace tal vez en estos instantes, empuñe el cetro español, hacedle rey de partido!

EMILIO. ¡Ah, no! ¡Qué horrible perspectiva!

ALFONS. ¡Quizás no la vereis vosotros! En nuestras luchas fratricidas nada tendria de extraño que se hiriesen dos amigos.

MATILD. ¡Señor, eso ya ha sucedido!

EMILIO. ¡Matilde!...

MATILD. Felipe ha hecho ya correr la sangre de Emilio.

ALFONS. ¡Ah, esa herida!... ¡Desgraciados! ¿Así derramais vuestra sangre por cuestiones de partido, en tanto que dejais impunes las afrentas hechas á España! ¡Cuánta ignominia en esos combates! ¡Cuánta gloria, si volviéseis vuestras armas contra ese puñado de moros salvajes, que en las costas africanas nos acorralan y asesinan!

MATILD. ¡Oh, padre mio! ¡Por los lábios de usted habla nuestra pátria infeliz!... (*Tocando al pecho de don Alfonso.*) ¡Aquí late el corazon de España! Yo no quiero separarme de usted jamás. Renuncio á mi amor y á mis esperanzas. ¡Yo no quiero ser madre de hermanos que se aborrezcan!

EMILIO. ¡No puedo mas!... ¡Estoy vencido! ¿Qué debo hacer?

FELIPE. ¡Sí, sí! ¿Qué debemos hacer para merecer el nombre de españoles?

ALFONS. ¡Ah, hijos mios, si vuestra conviccion es profunda, debeis empezar por dar al olvido vuestras mezquinas diferencias! ¡Abajo las divisas de los partidos, y enarbolemos todos el estandarte á cuya sombra peleé yo en los campos de Navarra! En ese estandarte no hay escritas mas que estas dos palabras: «La Reina y la Liber-

tad,» ¡Juntas iluminaron el horizonte de nuestra patria, juntas fueron combatidas y ganaron la victoria juntas! ¡La Reina y la Libertad son dos hermanas gemelas! ¡La Reina y la Libertad son hoy el emblema de la nacionalidad española!

FELIPE. ¡Ese será nuestro grito!

EMILIO. ¡Esa será nuestra única bandera!

ALFONS. ¡Juradlo sobre la cruz de la espada, con que entré yo en Cantavieja!

MATILD. ¡Ah, sí! (*Toma una espada del trofeo, y la pone en manos de don Alfonso. Este la coge por las hoja y la presenta á don Felipe y á don Emilio, que colocan sus manos sobre la cruz.*)

FELIPE. ¡Sí, sí!

EMILIO. ¡Lo juramos! (*Suena un cañonazo. Todos quedan inmóviles.*)

ALFONS. ¡Esta es la salva, que anuncia el nacimiento del régio vástago!...

EMILIO. ¡Dios mio! ¡En el instante de prestar nuestro juramento!... (*Se oye otro cañonazo.*)

MATILD. ¡Oh, sí! ¡no cabe duda!

## ESCENA XI.

*Dichos.*—FERNANDEZ, *por la puerta del fondo.—Despues* CAMILA *por la puerta de la izquierda.*

FERN. ¡Albricias, albricias! ¡Ya ha aparecido la luz sobre el Real Palacio!

ALFONS. ¡Ah! dime, Fernandez: de qué color es la luz?

FERN. Desde aquí se vé del tamaño de media onza.

ALFONS. (*Acompañando la accion con la palabra.*) Toma una, y dí pronto qué color tiene la luz.

FERN. Es roja.

ALFONS. ¿Roja?... ¡Viva el Príncipe de Asturias! (*Sale Camila.*)

TODOS. ¡Viva!

ALFONS. Ea, hijos mios, bajemos al jardin. ¡Esta noche una fiesta nacional! ¡Mañana vuestra boda!

FERN. }
CAMILA. } ¡Y la nuestra!

EMILIO. Quede ahogada la voz de la discordia, al reso-

nar por todas partes este grito: ¡viva la Reina constitucional!

TODOS. ¡Viva! (*Se oye un tercer cañonazo y un repique de campanas. Vanse todos por la puerta del fondo.*)

---

## CUADRO SEGUNDO.

Jardin con árboles y estátuas en primer término. Fuentes iluminadas á lo lejos. En el centro del escenario un gracioso templete, cuya parte interior ocupa un grupo de nubes. La orquesta toca á la sordina la marcha real, en tanto que las nubes se van abriendo y dejan ver esta cifra: Y. II. y este nombre: ALFONSO, en letras luminosas. Aparecen entre las nubes cuatro génios, que traen en las manos un ramo de oliva, una espada, una corona y un cetro. Suena la marcha real á toda orquesta. Durante este tiempo, los actores han salido á la escena, ocupando los costados del jardin. Adelantándose hasta el proscenio MATILDE, DON EMILIO Y DON ALFONSO, leen las siguientes poesias.

### ODA

(DEL SR. D. ÁNGEL MARÍA DACARRETE.)

I.

Cuando apenas pisábamos la tierra
hirieron nuestro oido,
ecos lejanos del clarin de guerra,
del bronce el estampido.
Al oirnos clamar por nuestros padres,
besándonos llorosas,
estendian al Norte nuestras madres
sus manos temblorosas.

:

Sobre todos allí la muerte impía,
blandiendo su guadaña,
sus brazos impulsaba y convertia
en tumba la campaña.
Cayendo el ódio de triunfar cansado,
bajó la paz del cielo,
y el amor, de las almas desterrado,
volvió con el consuelo!
Mas pronto con la gloria y la esperanza
vagaron sin asilo,
que invadieron la muerte y la venganza
hasta el hogar tranquilo!
El trueno del cañon aun lo estremece;
aun el pálido espanto
con la horfandad llorosa se guarece
en su recinto santo.
¿Están allí seguros? ¿El delirio
de parricida saña
coronará otra vez con el martirio
las sienes de la España?

II.

A la voz de la cándida inocencia
ceda la rabia loca,
y de los pechos brote la clemencia
cual agua de la roca.
Ya entre sombras y dudas sepultada
la razon nada dice!
Ya de sangre y de lágrimas saciada
la tierra nos maldice!
¡Vuelva á enlazar las manos el cariño
que apartó la ira ciega!
¡Nos lo exije una madre! ¡A Dios un niño,
llorando se lo ruega!
Sea su cuna, á la par que íris de gloria
de nuestra union el ara.
La consagran los timbres de la historia,
la libertad la ampara!
Alfonso y libertad! el grito sea
que nos reuna, hermanos!
¡Ya de la paz el estandarte ondea
de la Patria en las manos!

Volemos á su sombra apetecida
á bendecir al cielo!
Roto el hierro del arma fratricida
labre el manchado suelo!
Solo á estraño ofensor el golpe inmole
de nuestra espada fiera,
ó en las playas del Africa tremole
de la cruz la bandera!

## AL NATALICIO DEL PRINCIPE DE ASTURIAS.

(DEL SEÑOR DON JULIAN ROMEA.)

Un dia... funesto dia
que mil madres llorarán,
cruzó una palabra impía
de las cumbres de Arlaban
á la bella Andalucia.
Guerra, guerra resonaba
por los ámbitos del viento;
y el ronco cañon tronaba;
y asi la España clamaba
desolada y sin aliento:
«¡Hijos mios! ¡De consuno
en dos bandos contra mí!!
¿No habrá piedad en ninguno?
¡Oh! ¡Fuera cobarde el uno!
¡Murieran menos asi!
Mas no, sus ecos impíos
lance una vez el cañon,
y sangre correrá á rios...
yo los conozco ¡hijos mios!
y todos valientes son.»
El pronóstico cumplieron
seis años de sangre y luto;
¡muchas lágrimas corrieron!
muchos valientes cayeron

de la discordia en tributo!
Al fin una paz honrosa
cortó la sangrienta riña;
que era, por Dios, triste cosa
blandir la lanza sañosa
contra una inocente niña.
Hoy aquella tierna flor
fruto da nuevo y lozano,
y le confia al amor
y al siempre heróico valor
de su pueblo castellano.
Y álzase España anhelante
tras tantos males prolijos,
y de esperanza radiante,
mostrando al augusto infante,
asi les dice á sus hijos:
«Vedle: nos le envia el cielo,
nuncio de paz y consuelo
tras de tantas desventuras:
¡gloria á Dios en las alturas
y paz al hombre en el suelo!
¡Oh, no á su nombre hará agravío,
tengo conviccion profunda,
cuando aprenda de mi labio
que es nieto de Alfonso el Sábio
é hijo de Isabel Segunda.
A enriquecer su memoria
de los que usaron su nombre
venga la brillante historia,
y entre recuerdos de gloria
aprenda el niño á ser hombre.
Ni tengo ya que temer
si un dia contra nosotros
viniera estraño poder,
que á mí me basta saber
que sois mis hijos vosotros.
Ni altos conceptos y ardientes
para inflamar vuestros pechos
necesitaré elocuentes:
¡á una raza de valientes
se le recuerdan sus hechos!
Y á los hechos sobre-humanos
de vuestros fieros hermanos

no hay un rincon que se cierre,
del cabo de Finisterre
hasta los mares indianos.
Y allá por tierras lejanas,
sin temer hambre ó cansancio,
clavaron sus partesanas
nuestras barras catalanas
en las puertas de Bizancio.
Cubierta con su pavés,
en cien batallas campales,
ví yo al coloso francés
las águilas imperiales
dejar de alfombra á mis piés.
Que cien pueblos se levantan,
y en vano el francés ahinca:
y aquellos hechos que espantan,
Gerona y el Bruch los cantan,
y el Ebro, el Bétis y el Cinca.
Mas si la española historia
llenais con vuestra bravura,
no aparteis de la memoria
que con la guerrera gloria
se hermana bien la ternura.
Tambien cantaron de amor
las arpas de la Provenza,
al ostentar su valor
los Berengueres de Entenza,
y los Rogeres de Flor.
Y humillaros no temais
al tender nobles las manos,
si cuando á hacerlo llegais
con las manos encontrais
de cariñosos hermanos.
Y será gloria mayor,
tras tanto fiero quebranto,
del Príncipe en rededor,
de fraternidad y amor
alzar el lábaro santo.
Mas si os obligan, marchad,
y el grito de guerra alzad:
Libertad y Alfonso sea,
como fué en otra pelea
Isabel y Libertad.

## LA CAJA DE PANDORA.

### CARTA DE UN CASTELLANO VIEJO.

(De D. Juan Eugenio Hartzenbusch.)

Un humilde labrador
de la villa de Riaza
pide que se saque á plaza
cierto hallazgo de valor.
Por un despabilador,
que es vecino de un pariente
de otro que fué pretendiente
del ama que hubo de cria
en casa de su amo, envia
carta del tenor siguiente:
«Augusta Reina Isabel,
Rey don Francisco de Asis,
y Vos, el que á dar venis
vida á vuestro pueblo fiel,
Hermana y Deudos de aquel,
y vosotros, multitud
que alegre solicitud
congrega en salon y calle,
celebraré que ésta os halle
con muchísima salud.
»Al plantar en mi corral
antiyer un pié de higuera,
saltó con la azada fuera
un ladrillo de metal.
Ví allí letras, por lo cual
á mi amo se le llevé,
sujeto que en buena fe
jura, por ser bilbaino,
que se hablaba vizcaino
en el arca de Noé.
»Del ladrillo ha descifrado
mi señor la algarabía,
y es una gran profecía

de un profeta vascongado.
Por Túbal comisionado,
fundó lugares aquí,
gobernándolos por sí
y otros hombres de cacúmen:
la profecía, en resúmen,
parece que dice así.
»Cuando á poblar á España
vino con su colonia
Túbal desde la tierra
donde Babel asombra,
para guardiana trajo
de sus riquezas todas
mujer que fué llamada
la luz de Babilonia.
Cual Eva en hermosura
resplandeció Pandora;
pecó tambien cual Eva
de indócil y curiosa.
Acompañaba á Túbal,
sirviéndole de escolta,
de bienes y virtudes
santa escogida tropa,
la Fe y la Fortaleza
que obstáculos arrollan,
el puro amor primero,
la fraternal concordia.
Un mal entre ellos vino;
Túbal con mano pronta
dentro de férrea caja
con llave le aprisiona.
Guardó la llave, y era
la que guardaba sola:
sintió la falta de una
la dueña de las otras.
En vano Túbal dice
que un mal allí custodia;
tesoro lo supone
la suspicaz hermosa.
Á Túbal miéntras duerme,
la llave ansiada roba,
y abierta el arca, sale
rugiendo la Discordia.

De España se apodera,
sus aires emponzoña,
la Fe y la Paz huidas,
crímen do quiera brota.
Por siglos veinte y veinte
de España posesora,
no encontrará esa furia
quien en prision la ponga.
Mas cobrará su presa
la caja de Pandora,
gozando al fin España
tranquilidad y gloria,
cuando la Reina y el Rey
y el que herede su corona
bautizados hayan sido
los tres en una parroquia.»
«Cumplido el suceso ya
de la prediccion vascuence,
siglo más feliz comience
que los de entónces acá.
Salvadora arca será
para el Pueblo del Leon
la cuna de bendicion
de ese Príncipe de Asturias,
que viene á encerrar las furias
bajo el altar de la Union.
«Perdonad pues á un patan
á su manera escribir,
y déjesele pedir
libertad, quietud y pan.
Tras tanto tiempo de afan,
haga el Eternal Señor
de esta España, que su amor
dotó con tan ricos dones,
la mayor de las naciones,
y de Alfonso el rey mejor.»

---

Terminada la lectura, salen varias parejas de bailarines, vestidos con los trages mas vistosos de las provincias de España, y ejecutan una danza.

FIN DE LA LOA.

Aprovecho este espacio, dando un público testimonio de mi agradecimiento á mis amigos los señores don Juan Eugenio Hartzenbusch, don Julian Romea y don Ange María Dacarrete, que me han hecho la honra de asociar sus nombres al mio, escribiendo las escelentes composiciones poéticas, que se han leido en la escena. Madrid 6 de enero de 1858.

ENRIQUE DE CISNEROS.

| | |
|---|---|
| *Tarazona*. . . . . | P. Veraton. |
| *Tarragona*. . . . | J. Pujol. |
| *Teruel*. . . . . | S. Bravo. |
| *Trujillo*. . . . . | V. Castillo. |
| *Toledo*. . . . . | J. Hernandez. |
| *Tolosa*. . . . . | J. M. de Lalama. |
| *Toro*. . . . . | A. Rodriguez Tejedor. |
| *Torrevieja*. . . . | A. Vela. |
| *Tudela*. . . . . | M. Izalzu. |
| *Valencia*. . . . . | F. de P. Navarro. |
| *Valladolid*. . . . | A. Gutierrez. |
| *Vigo*. . . . . | J. M. Chao. |
| *Villanueva y Geltrú* . . . . . | M. Beltran. |
| *Vitoria*. , . . . . | S. Hidalgo. |
| *Ubeda*. . . . . | C. Treviño. |
| *Zamora*. . . . . | M. Conde. |
| *Zafra*. . . . . | A. Oguet. |
| *Zaragoza*. . . . . | M. Diaz. |

LIBRARY OF CONGRESS
0 029 561 796 2

# OBRAS DRAMÁTICAS

DE

## DON ENRIQUE DE CISNEROS,

*que se hallan de venta en las principales librerías de España y de Ultramar.*

*Ultima calaverada*, en un acto y en verso.
*Rico por fuerza*, comedia en un acto y en verso.
*Jadraque y París*, comedia en cuatro actos y en verso.
*Un par de alhajas*, comedia en un acto y en prosa.
*La litera del oidor*, zarzuela en un acto y en verso.
*Esperanza*, comedia en dos actos y en prosa.
*Amor es sueño*, comedia en cuatro actos y en verso.
*El ramo de oliva*, comedia en tres actos y en prosa.
*El Paraiso perdido*, comedia en tres actos y en prosa.
*La esperanza de dos mundos*, loa en dos cuadros y en prosa.